

ANTE LAS ELECCIONES MUNICIPALES

DESIGNACIÓN DE CANDIDATOS

Aunque la advertencia no sea precisa, vaya por delante nuestro reconocimiento paladino y espontáneo de la buena voluntad y de la rectitud de intención de todos aquellos que, en el presente o en el pasado, han intervenido, en una o en otra medida, en la gestión del Municipio de Cuenca: pero como este periódico es tribuna de sinceridad, los estímulos de la amistad no pueden llegar al extremo de poner en la pluma veladuras tan enfadosas, que nos impidan proclamar muy alto, y para que se nos oiga, que tenemos todo por hacer, que sólo desde hace muchos años, se oyen palabras y más palabras, inútiles para cualquier acción eficaz y que el aumento de personal, el despilfarro y el desorden son los únicos resultados de las labores consistoriales.

Nos encontramos con un Municipio, cuyos gastos necesarios, en un 60 o 70 por 100 a lo menos, pueden ser cubiertos con ingresos de los bienes propios y cuyo presupuesto ha llegado algún año al millón de pesetas; y, que sin embargo, no tiene rastro de verdadera y ciudadana urbanización. El vano y estéril liberalismo, individualista y abstracto, ha realizado la triste tarea de destruir los gremios, que asociando a los industriales y comerciantes de la localidad, actuaban en los concejos con sana influencia decisiva; por lo cual hoy los ediles, autónomos y, a veces sin brújula, suelen desviarse de los deseos de la generalidad, en aras, a codicias de electores o a una obediencia política, que no debe intervenir, para torcer, en los asuntos del procomún.

Es preciso reaccionar; hay que hacer una campaña localista, sin miras oscuras de confesión imposible; hay que exigir la realización inmediata, sin aplazamientos millonarios, de un programa mínimo de reformas, que colocarían a Cuenca en el justo lugar que le corresponde por la triple consideración de su riqueza, capitalidad y emplazamiento geográfico. ¿Están capacitados para ello los actuales elementos? Observando la realidad, hay que contestar resueltamente que no. Con razón bastante o sin ella, lo cierto es que respecto a la actuación municipal se ha formado una atmósfera espesa y deletérea, después de la que, honradamente, no hay otro camino que dejar el paso franco a elementos nuevos, siquiera por vía de ensayo. Estos

elementos, claro es, que no tienen que ser políticos, pues si se trata de reemplazar a los conservadores y liberales con mauristas, nada ganaremos; sólo habremos servido de instrumentos a una hábil maniobra. Para nosotros y para Cuenca casi entera, tan fracasados están unos como otros, máxime que los escasos mauristas que ahora tratan de ir al Municipio, son en su mayor parte elementos resellados de los viejos partidos y algunos han sido ya incluso concejales con el mismo anodino resultado que los actuales. Esta suplantación o injerto nos es indiferente y a la población lo mismo.

Ahora de lo que se trata es de otra cosa. EL MUNDO vería con agrado, que la Cámara de Comercio, la Comunidad de Labradores, La Aurora, La Fraternal, el Colegio de Médicos (la cuestión sanitaria en Cuenca es grave y urgente), la Asociación de Maestros (el problema pedagógico es también inaplazable), la Prensa independiente—especialmente *La Lucha* y *El Centro*—, unidos por un ideal superior a todas las diferencias momentáneas, convocasen a una reunión en un Teatro, para que allí, fundidos en el vivo amor a la Ciudad, se determinase una candidatura popular, en la cual fuera condición esencial *no haber sido jamás concejal ni pretender serlo dos veces*. Y tal vez allí surgiera el hombre, el Alcalde futuro, activo, inteligente y enérgico que Cuenca necesita para encauzar sus energías soterradas por una política sinuosa, y para recobrar la salubridad, el ornato y la vida fina y atildada, que corresponden a una capital de provincia.

Un alcalde que hiciera inexorablemente estas dos cosas: publicar en la Prensa todas las semanas la nota de ingresos y gastos y exponer en un mitin cada tres meses la marcha municipal.

Ahora es la ocasión. Después sólo quedará la acritud de las quejas. Más vale prever que castigar. Y tal vez de esa Asamblea de fuerzas vivas naciese una cortés y firme invitación a todos los restantes concejales políticos para que, durante siquiera un biento, dejaran como ensayo el Municipio a las fuerzas vivas.

Si ellas servían para moralizarlo, mejor; en otro caso nada se habría perdido. Peor que ellos, realmente, no cabe hacerlo...

COMENTARIOS

LAS JUNTAS

No somos entusiastas de Cierva. Al contrario, estimamos que es uno de los políticos mas nefastos que han circulado por la España de la decadencia. El libertó de multas a los acaparadores, el facilitó las exportaciones para que todo subiera; él aumentó los gastos públicos con el botín de las plantillas, pretendiendo congraciarse con la burocracia; él llamó a las Juntas de defensa providenciales, fomentando esa gran indisciplina; él, por sus majestades de cacique engreído y sin pulir, ha dado desde el Poder la sensación de una insostenible soberbia. Y, sin embargo, ahora, la Cierva, echado por las Juntas de defensa, constituye una tristeza para España. Todo antes que caer bajo la bota militar. Para dictadura, preferimos la dictadura del pueblo, que, a la postre, trabaja y crea riqueza, mientras los demás la destruyen...

VIND

LA COCINA Y EL CINEMATÓGRAFO

El cinematógrafo sirve ya de auxiliar para muchas ciencias; ahora hay también quien propone que se utilice para enseñar la ciencia más positiva de todas, la ciencia culinaria.

La principal dificultad para instituir escuelas de cocina estriba en el gasto que ocasionan los ingredientes y en la inutilidad de los platos hechos durante la enseñanza. Una demostración por medio de cinematógrafo haría desaparecer estas dificultades. Los futuros marmelones y futuras cocineras aprenderían teóricamente unas cuantas recetas, además de las principales del asado, frito, etc. Conociendo ya estas cosas relativas a lo más elemental de la cocina, verían en el cinematógrafo la figura de algún virtuoso de mandil blanco confeccionando platos difíciles y costosos, y por medio de explicaciones que aclarasen el tema no les sería difícil hacerlo ellas.

El aprender a cocinar es cuestión, ante todo, de verlo hacer muchas veces, y esto se conseguiría con el cinematógrafo, sin necesidad de grandes gastos.

LOS POETAS

El verdugo de los pobres

Fosco, imposible, fiero,
 etico inhumano despoja implacable:
 como esbirro cruel, despiadado,
 sacamenta el invierno a los humildes...
 ¡A los humildes! Vedlos
 temblar acobardados
 en los umbrales fríos
 de la morada rica
 que el invierno acria jamás transpone...
 ¡Vedlos vagar errantes
 de hueco en hueco por la helada sombra,
 mendicando y tristes,
 como almas condenadas,
 por el cielo facinoroso combatidos...
 ¡Vedlos en el poro, en vano
 trata de cobijar a sus hijuelos
 que tritan de frío...
 Vacila y eno de brucos
 el anciano sin fuerzas
 que, sin calor de nadie,
 siente desamparado
 penetrar en sus huesos
 el frío de la muerte!...
 Dando fin al trabajo con el día,
 su fuerza extenuado,
 instigado el obrero miserable

por el frío del cielo y de los hombres,
 desesperado marcha
 sin que alumbre su paso ni una estrella,
 ¡le señala su rumbo el negro caos
 de la noche fatídica!

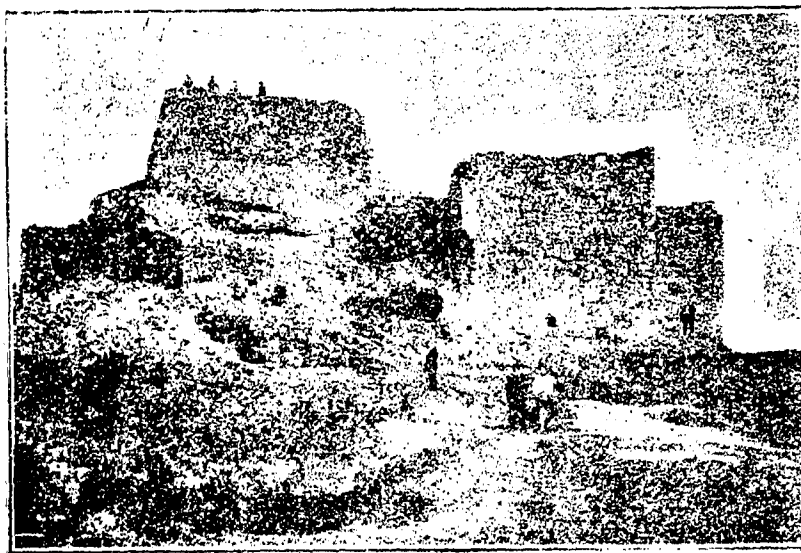
Se diría que tiemblan los hogares
 de los desheredados
 al aliento glacial estremidos...
 Pueden temblar, a fe, que está a sus puertas
 con todos sus tormentos,
 ¡el verdugo implacable de los pobres!

VICENTE MEDINA.

MADRIGAL

Va sé que es tarde:
 ya de mi vida por la muralla
 miro angustiado
 como la línea de sombra avanza.
 ¡Pero no importa!
 En ese breve tiempo que falta,
 siglos de dicha
 tu amor prometo, mi amor aguarda.
 ¡No espero siempre! Si alzo los ojos
 mientras la línea de sombra avanza,
 sobre la línea de sombra veo,
 flores alegres en la ventana.

RICARDO J. CAVARINER.



Ruinas del Castillo de Beteta (Cuenca)

DEL MOMENTO

LA CIVILIZACION ENQUISTADA

(De Teñuán)

Hay que venir a Marruecos de verdad para poder darse cuenta de los términos en que el problema está planteado y de cuáles pueden ser las soluciones.

En Madrid no dejan ver claro, entre otros, los siguientes elementos: literatura, prejuicios, desconocimiento de la psicología del medio, indistinción entre el modo de pensar y sentir de los berberiscos, los árabes, los hebreos y los venidos del fondo de África.

Cuando se llega a una ciudad marroquí; Tetuán, Melilla, Larache, etc. y el viajero se obstina en seguir viviendo europeo frecuentando cafés y casinos, charlando a todas horas con amigos que conociera en la Corte, corren el grave riesgo de no enterarse y de continuar elaborando opiniones, sin otra cimentación que la puramente teórica.

Hay que aislarse, zambullirse dentro de lo posible, en el ambiente mental de moros y hebreos, consultar a esos españoles humildes que, mezclados con el elemento indígena, llevan conviviendo años y años. Solo así cabe la esperanza de medio poder irse orientando.

Esta ruta sigo yo a la primera sorpresa recibida en la bella ciudad del Jilifa, es que el fermento civilizador, la acción infiltrante de los elementos peninsulares, ha sido poco menos que nula. La españolización de Tetuán es un generoso intento enquistado, sin raíces. No existe el menor intercambio espiritual entre moros y españoles. Siguen siendo tan extraños unos a otros como lo fueron siempre, no debiendo se dejar seducir por la apariencia de que un babuchero nos salude cuantas

veces nos ve pasar por su puerta, ni porque un notario indígena se preste, bondadoso y afable, a mostrar uno de sus manuscritos a cuantos amigos llegados después de nosotros le presentamos. Ni siquiera debe satisfacerse el que se nos permita ver una casa o asomarse la cabeza a una mezquita.

Nuestro espíritu resbala sobre el suyo como agua sobre cristal, sin encontrar ni una rendija, ni una grieta por donde entrar a su alma. Construimos casas de varios pisos con prestancia europea, tendemos railes de tren, abrimos calles, edificamos mercados limpios y modernos, instalamos cines, cervicerías, comercios lujosos; pero el alma de Tetuán no tuvo aún para los españoles la menor sonrisa, la más pequeña concesión.

Se puede andar entre los moros, pueden pasear curiosas las españolas por todos sus barrios, que forman una ciudad con cerca de 30 000 habitantes y en cuyas calles hormiguea la gente sin recoger un solo ademán de protesta, sin observar un sólo gesto de sorpresa o inquietud, pero el moro sigue estando lejos, muy lejos de nuestro afán, de nuestro entusiasmo psicológico.

Y así todo está en embrión de ciudad europea, que la buena voluntad de los españoles alzó en Tetuán, constituye una ciudad enquistada, encascaronzada, huérfana de toda amalgama indígena.

Y bueno es que no lo olviden quienes creen lo de la penetración española algo fácil, rápido y perdurable.

DR. CESAR JUARROS

Rogamos a los que reciban EL MUNDO y no estén conformes con la suscripción, se sirvan devolver el periódico a su procedencia.

DEL AMBIENTE

EL GARITO

El garito es otro de los hijos de la taberna, gestado en largos años dedicados por la sociedad al vicio, y naturalmente alumbrado en la época de la vagancia. Es, por tanto, un engendro que, a la legitimidad de sus progenitores, une la bien llevada dignidad de su parentela. Digno y legítimo sucesor del antro en cuyo seno halló vida. De aquellas trastiendas hediondas donde se jugaba a la baraja—manos callosas sobre el rodete de la mesa, sucia y mal pintada, dedos hábiles para tactear la carta agujereada con la punta de un alfiler, sendos frascos de vino, ojos avizores y hambrientos del precio del «envido» y el «quiero», palabrotas soeces en el ambiente y chulos ventajistas sobre los taburetes de pino—, de aquellas trastiendas tabernarias de antaño, donde la briba y la chusma se daban cita para tentar despojarse mutuamente, ora a la carteta o a las treinta y una, ya al mus, al tute, a la brisca, al julepe, o al monte, saltó el juego, buscando espacio mayor, a otros lugares. Era mucho el ocio, mucho el dinero y múltiple el número de puntos para contraerse a los estrechos límites de la hedionda «tasca» legendaria. Sobraban a los habituales concurrentes de ésta muchas horas diarias para dedicarlas al cultivo del tapete verde en una miserable covacha trasudada de mugre y ceno; el refinamiento de la incuria social brindaba ancho campo para la expansión del turgio, y a medida que las clases populares alcanzaban sus mejoras colectivas, y con ellas los medios de una mayor extensión en su capacidad moral, aunque ella fuera, por doloroso contraste, degradada y prostituida al roce con la natural propensión al holgorio, el garito fué hundiéndose sus raíces en las ciudades, procreando, paralelamente al auge continuo e incesante de la taberna, nuevos centros, focos diversos de ocio y corrupción, y el juego de envite y azar se hizo constante a la embriaguez, hermanando ambos entrañablemente, y, sin que pueda aventurarse quién nació primero, si la taberna-garito o el borracho-jugador, el hecho es que el garito fué otro de los frutos malignos sembrados a voleo en la ciudad.

Ya la muchedumbre proletaria encontraba supino emborracharse sin fin ulterior, y, alentado su instinto por la sagacidad utilitaria de los mercaderes de la debilidad humana, explotadores de todos los vicios, vió nuevos horizontes a su incuria en la emulación de las malas costumbres semiaristocráticas, y se prestó solícita a las sugestiones del azar. Y aparecieron los chami-zos donde se rinde fervoroso culto al tapete verde. Y un ejército de gariteros, «ganchos», banqueros, «croupiers» y tahures se disputó, como plaga carnífera, cual bandada de buitres hambrientos, los despojos de la muchedumbre ociosa. Tabernas y «cabarets»... dos nombres y una sola escuela de educación y crápula—, cafés, cafetuchos y círculos más o menos honestos remozaron sus fachadas, limpiaron sus apariciones externas de la carroña de la vieja «tasca», y nuevos establecimientos vinieron a sumarse a cuantos, ensanchados y con disfraces modernistas, servían de guarida a los aventureros del albur, salteadores del caudal ajeno, apropiadores del botín de los incautos.

«Tupis» y tabernas ahondaron sus trastiendas hasta recatadas entrañas escondidas. Los cafés, así céntricos como excéntricos, prolongaron sus salones escaleras arriba, hasta los entresuelos coquetones a los que se asciende por celestinas pasarelas; los círculos populares, atacados por la epidemia, hurtaron algunas habitaciones a la mirada pública, y, a ciencia y paciencia de las celosas autoridades policíacas, y hasta se dice que pudorosamente noticiosas del caso, el juego de «imperial», la baraja con apuestas, la banca, el treinta y cuarenta, los caballitos, el «baccarat» y mil otras variantes del ya clásico tapete verde, se adueñaron de mu-